

Poemas

ROBERTO PÉREZ JIMÉNEZ*

█
Narco fosas, dicen que se dice,
trágicos sucesos hieren mi realidad y la de otros.
Tantos muertos (tanta perversidad).
Como para cercarlos, los militares patrullan
la ciudad, los pueblos, las carreteras;
someten a los vivos en sus casas,
en las calles hay retenes, y nada pasa:
los muertos se siguen reproduciendo bajo la tierra.

Yo desde este bar escribo poesía,
extraño tu acento, tus caricias, tus pies descalzos,
nada pueden mis versos contra esta batalla
en la que caen muertos, en la que rampante se contonea
la indiferencias y el silencio,
el tuyo hacia mi y el de los otros hacia el planeta
en el que yo me incluyo
y donde poco a poco se desgrana la dignidad humana.

Este poemario bien podría ser un cementerio encubierto,
oculto en el más terrible de los secretos,
bajo la más opaca oscuridad sobre la tierra:
cada hoja de papel es una fosa, cada letra un disparo en la cien
cada línea versal un suspiro reprimido, secuestrado;
cada estrofa, un calvario donde viven los vivos
que buscan bajo la tierra sus semillas, ultimadas
por la impunidad que como miasma, ahoga la esperanza.

* Licenciado en filosofía de la Universidad de Guadalajara. Maestro (titulado) en enseñanza de las ciencias. Profesor - investigador de tiempo completo con 32 años de antigüedad en la UdG. Docente y Secretario de la Escuela Preparatoria Regional de Tuxpan, Jalisco. México. Correo electrónico: rperez@sems.udg.mx

Y tú ríes, y yo sonrío, y todos somos felices en esta paz de avispero desde la que miro, como caen las hojas de los árboles sacudidas por las silbantes ráfagas de metrallas que truncan destinos, como se inunda la ciudad con amaneceres encarnados, como caen las aves de las ramas y yacen, sin sepultura, los ojos secos de los que miran sorprendidos si el ser amado se encuentra en esa tumba, donde son arrinconados como puercos en obrador, los que antes fueron vida y futuro.

Y yo aquí sigo azorado ensayando poesía, narrando en verso libre tu lastimosa indiferencia, tu silencio aterrador que lastima este amor clandestino que por ti siento, mientras a mi derredor, el mundo se desmorona a balazos, a fuerza de secuestros, a golpes de impunidad e infamias.

II

Es un hábito añejo levantar mi copa llena a tu salud, es corto el tiempo, breve el espacio, sólo cabe un suspiro... muero.

La palabra es cosa perdida, los hombres y las mujeres se miran, se diluye el brindis en lamentos, el amor me niega. Te contemplo.

Converso con mi copa, me susurra algo que no comprendo, del otro lado de la barra una flor se marchita, es invierno.

Volver a conversar contigo, mirarte y que me mires, el tiempo pasa, su peregrinar es eterno sólo tú y yo somos efímeros. Lo siento.

III

Cinco muertes con tiro de gracia, tres asaltos, dos camiones incendiados bloquearon avenidas. Un caos. Yo camino las calles nocturnas sin ti. La anarquía se posesiona de la

ciudad y su gente. El miedo cunde. Las sombras dejan su signo en las banquetas, el horizonte está ante nuestros ojos, pegado a nuestra nariz, el siguiente paso es a la nada. El amor se eclipsó, no hay memoria, la locura se posesiona y gesticula, deambulan gritos desolados; sin tu mirada, todo es un desconcierto.

IV

Resuenan en la humeante atmósfera que me cobija, balas de metralla en busca de una vida; entre mercenarios del dólar, la suerte de la dignidad está echada. En ese preludeo, se recrudece la tragedia al diluirse tu imagen en un fuego cruzado. El final se manifiesta: la raíz de la vida se engulle en la miseria que le bordea, las ramas y sus hojas se debilitan; su destino es sólo cuestión de tiempo: la muerte... espera paciente. Entre tanto, abatido por la desesperanza, mi amor por ti se multiplica por sí mismo, nada fuera lo nutre, a no ser tu arrogante indiferencia. Vorazmente, mi mirada te cerca, mis manos alcanzan la hermosura de tu cuello que oprimo; como bala que hiere la sobriedad humana, penetras en mi sueño que se desdibuja sin tu aliento: Mi utopía se desvanece lacerada por el perdigón de tu silencio. Mi razón se resquebraja, la fuerza de la palabra es ahora historia resguardada en los calabozos de la ignominia; simular ser lo que no se es, sólo es cuestión de quién tiene el índice en el gatillo; en este vertedero de arbitrariedades y sueños fallidos, un disparo perfora mis entrañas: fallezco. tu voz, apacible, me resucita para aprisionarme, me tumba en el camastro lúgubre de esta oscura alcoba, en la que resignado, espero el veredicto de tu olvido.

V

Se escurren las sombras por debajo de la puerta,
la música y el viento se van por la ventana,
mientras tanto, veo como una mosca montada
sobre un ciempiés
trepan por las patas de una mesa de centro;
huele a estiércol e insecticida,
presiento que algo no anda bien: el sol dejó de
brillar
a medio día.
Los cuadros de pintura se descuelgan de su lugar,
se acurrucan en el piso,
los muros se juntan unos a otros,
cautivo, siento que me ahogan.

Toco mis ojos, están húmedos,
el llanto no avisa, aparece intempestivo y se
desplaza por
dentro y por fuera de mi cuerpo.
Hiervo en esta caldera, solo, ausente del ruido
y la algarabía de la calle que se vistió de fiesta.
Por algún extraño motivo no puedo despegar mi
mirada del techo,
él no se mueve hacia mi, se desplaza al infinito.
Alcanzo a ver como las estrellas se lo tragan.
Alguien toca a mi puerta, con agobio la abro:
es tu ausencia persistente quien como niño
golpea mis recuerdos y se va.